

Alexander SCHMEMANN, *Diari 1973-1983*, Vol. 1, Lipa Edizioni y La Casa di Matriona, Roma 2021, 573 p. ISBN 978-88-31282-03-1

¿Ha llevado usted un diario de su vida personal? Para muchas personas un registro escrito de sus vivencias, pensamientos, sentimientos, viajes o encuentros con personas es una práctica común. Para otros no. Quizá para algunos esto es algo completamente ajeno. Sin embargo, es evidente que, para el sacerdote ortodoxo ruso, Alexander Schmemann, no lo fue. Su diario, dos tomos de casi 600 páginas cada uno, ha dejado ver a fondo la vida, preocupaciones, alegrías, e incluso desilusiones de uno de los teólogos más influyentes del siglo XX. En esta ocasión queremos referirnos al primer tomo y escudriñar un poco qué aporta esta obra al mundo de hoy.

Alexander Schmemann nació en 1921 en Tallin, Estonia, en el seno de una familia rusa con raíces alemanas. Viajó a Francia desde Estonia en su primera infancia. En 1946 se ordenó sacerdote. Estudiante en el Instituto de Teología Ortodoxa de Saint-Serge, formó

parte de la emigración rusa a París hasta su marcha a Estados Unidos en 1951. Durante muchos años fue decano del Seminario San Vladimir de Nueva York. Sus estudios más populares se centran en la liturgia, eclesiología y la historia de la Iglesia. Murió en Nueva York el 13 de diciembre de 1983.

“Muchos cristianos –dice Schmemann– ponen en lugar de Dios un ídolo al que llaman Dios, que fabrican juntando todas las piezas y adoran de total buena fe. Más que todos, los teólogos, especialmente los científicos” (p. 39-40). Estas y otras fulminantes críticas hace Schmemann a la manera como se vive el cristianismo y se hace teología hoy. “Para mantener la fe –dice– es mejor citar a agnósticos serios que a teólogos [...] La teología occidental, en su conjunto, como sistema, se ha derrumbado, se ha hecho pedazos”.

Parecieran no ser muy alentadoras estas palabras, pero por fortuna tenemos su

diario, la recopilación de aquello que pensaba y opinaba el padre Alexander. No era impulsivo; sabía lo que decía y por qué lo decía. Sus opiniones fueron cultivadas gracias a la reflexión, a una vida de meditación y oración muy intensas, a los diálogos con Juliana, su esposa, y sobre todo a la gran cantidad de libros que leyó a lo largo de su vida. Sorprende leer en su diario que cada semana o cada 3 o 4 días, menciona que terminó de leer un libro. Lo comenta como si hubiera leído un artículo de periódico, ¡pero ha leído un libro! Seguramente unos más largos que otros, pero no cualquier persona tiene un ritmo de lectura como el que tenía el padre Schmemann.

Los contenidos que presentamos a continuación son aquellos puntos que consideramos más sobresalientes de este primer tomo, intentando transparentar el espíritu en el que fue escrito.

Pensamos que el principal mensaje a lo largo del libro es entender el cristianismo, no como una religión: “La afiliación religiosa –señala– debería ser un factor liberador.

Pero, en el tono en el que se ha asumido actualmente, esta no contribuye a la liberación, sino todo lo contrario, se convierte en un elemento de subyugación, estrechez, empobrecimiento. Se comienza a interesar por el estilo viejo y el nuevo, por las intrigas de la jerarquía o por todo tipo de fanatismos. Y se empieza a entender la espiritualidad como el deber de leer libros pésimos que horrorizan con pobreza y retórica, opúsculos de todo tipo sobre milagros e íconos taumatúrgicos, cosas clericales de dudoso gusto, un constante parloteo sobre temas religiosos. En lugar de enseñar al hombre una nueva mirada sobre el mundo y sobre la vida, la Iglesia enseña a mirarse solo a sí misma. En lugar de situarse y situar sus vidas de una nueva manera, el ser humano considera como un deber, revestirse con el vestido impersonal –maloliente túnica de raudales de velas y comidas magras– de la llamada devoción. En lugar de empezar a conocer la alegría, la luz, el sentido, la eternidad, se vuelve irascible, estrecho de miras, intolerante y a menudo incluso malicioso y, lo que es más, no se

arrepiente, porque todo esto proviene de su afiliación religiosa. Al piadoso se le ha inculcado la idea de que Dios está donde está la religión, y por eso empieza a rechazar con desprecio y autosatisfacción todo lo que no es religión, sin comprender que el sentido de la religión reside únicamente en llenar de luz toda la realidad, en relacionarla con Dios, en hacer de ella una comunión con Dios" (p. 106) y añade que "sin fe, la religión es idolatría" (p. 409).

El padre Schmemmann no se cansa de insistir en este punto, y lo menciona varias veces, junto con una crítica demoledora a la teología: "Los profesores (*professoruoli*) alemanes han penetrado en el *sancta sanctorum*, explicándolo todo, eruditamente y con citas, desde la esencia hasta la evolución y los "problemas"; pero, ¡ay! Toda esta ciencia no vale un centavo. Y los estudiantes, después de haber pasado tres años en dogmática, patristica e historia de la Iglesia, intentan olvidarlo todo lo antes posible. O se convierten en profesores (*professoruoli*) alemanes y disertan con aire de

importancia sobre la experiencia mística en Máximo el Confesor. Y el juego continúa..." dice el padre Alexander (p.22). Con esta y otras citas (p. 25, 37, 40, 47, 50, 84, 224, 550, 551, entre otros), deja muy clara la crisis por la que pasa el cristianismo hoy; principalmente se refiere a la Iglesia ortodoxa, pero su crítica abarca la visión del cristianismo en general, con duras críticas a la Iglesia católica también.

Con esto no queremos desanimar al lector, sino más bien, motivarlo a leer este tomo sobre la vida de Schmemmann para comprender mejor esta crisis por la que atraviesan el cristianismo y la teología, y así poder tener luces para saber por dónde avanzar.

Pero justamente lo que él plantea, es que el cristianismo no ofrece un programa de acción (p. 479), sino que a la pregunta de ¿qué hacer?, el cristianismo responde simplemente "vive" (p.494); y a la pregunta qué nos libraré de la religión, contesta, "la fe" (p. 516). Por otro lado, explica que "el miedo al pecado no salva del pecado. Es la alegría en el Señor la que salva. El senti-

miento de culpa y el moralismo no nos liberan del mundo y sus tentaciones. La alegría es el fundamento de la libertad en la que estamos llamados a mantenernos firmes” (p. 446); “la religión se convirtió en sinónimo de seriedad, incompatible con la alegría. Y por eso es débil” (p. 482).

La hoja de ruta del cristianismo, según Schmemmann es la vida, la alegría. Dice que toda su teología no habla sino de la alegría, aquella que nadie podrá arrebatarnos (p. 298). En el fondo, lo que el padre Alexander está atacando es la dureza de corazón: “El pecado principal, el obstáculo más grande en el camino que lleva a Dios, es el propio corazón endurecido” (p. 439).

Todas estas grandes reflexiones del sacerdote ortodoxo ruso fueron escritas en días bellos, como muchas veces describe al inicio o al final de los escritos de cada día, apreciando el clima favorable o diciendo simplemente que era un día frío, nublado o lluvioso. En algunas ocasiones, abrió su corazón para hablar de cuánto lo cansaba y fatigaban las

reuniones que tenía, la necesidad de responder a cartas o llamadas, resolver problemas del seminario o de la Iglesia ortodoxa. El 23 de enero de 1974 comparte: “Mi alma llora literalmente. El desánimo proviene del hecho de que no veo ninguna salida. ¿Salir? ¿Pero dónde? No puedo salir de la Iglesia porque es mi vida” (p. 91). Esta es una descripción de una de sus crisis, si no, la más grave descrita en este primer tomo.

Hacemos alusión a esta situación para evidenciar el gran valor de este libro. El padre Schmemmann habla con mucha agudeza y precisión de la crisis del cristianismo, de la teología, de la formación de los seminaristas, entre otros problemas del cristianismo de hoy; pero al mismo tiempo, se evidencia, él mismo, evidencia cuán humano era, cuán normal era, cuán normal es también entrar en crisis. Quizá la aceptación de las propias dificultades por las que pasó, lo llevaron con mucha naturalidad a reconocer que el cristianismo, que en algunos contextos se ha mostrado o se muestra invencible, también tiene lados frágiles. Hay que ser

valiente para reconocer esas crisis personales, y las del cristianismo. Pero el padre Schmemmann tenía muy claro que la única manera para no perder la vida y la esencia del cristianismo es dejar de verlo y vivirlo como una religión, “cuya aspiración es la auto-gratificación” (p. 409).

No es posible lanzar una crítica a un libro que recoge los pensamientos escritos por una persona sin la intención de publicarlos. Más bien, se le agradece póstumamente al autor por haber escrito de manera tan clara sus diarios, haciéndolos fáciles de leer y permitiendo seguir la secuencia de los temas que iba tratando: su vida familiar, la teología, el cristianismo y la religión, la ortodoxia, sus diálogos con Solzhenitsyn, entre otros.

¿Continuará el autor con la misma estructura y desarrollará los mismos temas en el tomo II de su diario? A la espera de la siguiente reseña, damos tiempo al lector que dé inicio a la lectura sobre la vida del padre Alexander Schmemmann, sacerdote ortodoxo ruso, teólogo, esposo y padre de familia.

Carlos Alberto ROSAS-JIMÉNEZ
Aid to the Church in Need
ACN International